

una extraordinaria floración de fundaciones se produce a lo largo del XIX: noventa y un Institutos masculinos de derecho pontificio desde 1800 hasta 1900, de los cuales trece son exclusivamente misioneros. En el mundo femenino aparecen nueve Institutos misioneros.

A mediados de siglo, Gregorio XVI erige el vicariato apostólico del África Central, en el que Daniel Comboni iba a demostrar su talla gigantesca como misionero. Su personalidad, formada a partir de diversas experiencias vivas del Movimiento misionero decimonónico se desarrolla en un infatigable esfuerzo: viajes por Europa movido por el deseo ardiente de suscitar vocaciones y de encontrar apoyo —material y espiritual— en los cenáculos más sensibles del catolicismo europeo; participación intensa con la vida del Vicariato Apostólico de África Central; hubiera deseado transmitir su misma vibración eclesial a todo el Viejo Continente: ahí está su *Plan en favor de la regeneración de África* presentado a Pío IX el 19 de septiembre de 1864. Enamorado de la *nigritia* —como en su tiempo solía decirse—, su ambición fue nobilísima y en extremo fructífera. El vicariato que se le confió en 1872 contaba en 1990 con más de 150 diócesis, con casi un cien por cien de obispos negros. Es decir, que Comboni es tal vez la personalidad misionera más importante y significativa surgida en los dos últimos siglos. Como tantas veces sucede en la vida de los hombres, en su propia grandeza está también su debilidad: «Comboni —como señala Fidel González— difícilmente podía conjugar su trabajo como cabeza del vicariato apostólico de África Central y el de formador de sus misioneros a miles de kilómetros, en Verona o en el Kairo. La combinación de estas dos misiones no siempre le resultaron felices. (...) Otra limitación se refiere al optimismo a veces exagerado, de Comboni a la hora de evaluar a sus colaboradores. En ellos suele ver sólo los aspectos positivos. (...) La tercera limitación, sobre todo al principio,

fue que su pasión por la evangelización de África le llevaba a acoger a todos los que mostraban un mínimo deseo de consagrarse a ella...» (p. 555) Con el tiempo usó de mayor precaución. Era por tanto un gran misionero y, tal vez —pienso—, sólo eso. Lo cual no obsta para brillar con luz propia en el firmamento eclesial y permanecer en él como una referencia evangélica de valor admirable.

Sin duda alguna, esta obra del padre comboniano Fidel González —serena, objetiva, de proporciones poco comunes— será considerada en lo sucesivo como una lección historiográfica de consulta obligada para cuantos deseen comprometerse en la elaboración y en el conocimiento de un relato veraz de lo que han sido las misiones africanas.

E. de la Lama

**José GUTIÉRREZ CASILLAS**, *Historia de la Iglesia en México*, Porrúa, México 1993 (tercera edición revisada y adicionada), 657 pp.

Este manual, publicado por vez primera en 1974, ve ahora su tercera edición, notablemente ampliada y revisada. El jesuita Gutiérrez Casillas (n. 1917), muchos años rector del Seminario Moctezuma (en Nuevo México), y autor de dos monumentales volúmenes sobre los jesuitas mexicanos en los siglos XIX y XX (Porrúa, México 1972 y 1981), ha conseguido un libro de texto apto para la enseñanza en centros eclesiásticos e incluso civiles, en el que aúna una serie de virtudes, ciertamente no fáciles de conciliar. Inserta la historia eclesiástica mexicana en el contexto de la historia general del hemisferio norte: así, vemos desfilar a los primeros pobladores del altiplano mexicano, desde de la glaciación wisconsiana hasta la constitución de las culturas llamadas precolombinas; la distribución de las áreas lingüísticas en el valle de Méxi-

co y regiones circundantes; el desarrollo de las culturas nucleares de Mesoamérica, etc. A este mundo llegaron los primeros expedicionarios españoles y, con ellos, los evangelizadores. El A. nos informa también, de modo somero, acerca de las religiones practicadas antes de la predicación de la fe católica. La entrada del cristianismo en México (1517-1530) se ubica en el marco de la «donación apostólica», a la que sigue la discusión sobre los «títulos de conquistista», la presentación de los primeros misioneros, una breve explicación del Patronato real y la correspondiente descripción de la nueva sociedad mexicana, el establecimiento de la jerarquía eclesiástica, la reuniones o juntas de obispos, las apariciones guadalupanas, los tres primeros concilios mexicanos, etc. Las informaciones suelen ser bastante detalladas. De este modo, este manual se convierte también en un buen vademecum, con muchísimos datos que serán de gran utilidad para los estudiosos que se inician en esta disciplina: nombres de los primeros obispos, fechas y estadísticas de la misiones de los religiosos, nombres de los primeros intelectuales mexicanos, contribución de la Iglesia a la vida cultural del virreinato (por ejemplo, al desarrollo de la Real y Pontificia Universidad de México), personajes ilustres de las letras mexicanas, nombres de santos y mártires, relación de virreyes, organización administrativa del territorio, etc. El drama de la expulsión de los jesuitas y sus catastróficas consecuencias para la vida religiosa y cultural de México, es narrado de forma suficiente. Se pasa revista a las causas de la independencia, etc.

Con todo, la novedad más importante radica en la puesta al día de la historia eclesiástica mexicana hasta casi nuestros días: fin de la persecución religiosa, historia de los seminarios mexicanos y fundación y posterior clausura del seminario de Moctezuma (New Mexico), de 1937-1972; participación mexicana en el Concilio Vaticano II; las cuatro conferen-

cias generales del episcopado latinoamericano, especialmente la celebrada en Puebla en 1979; las dos primeras visitas de Juan Pablo II a México, en 1979 y 1990, la visita del presidente Salinas de Gortari al Vaticano en 1991, y la reanudación de las relaciones entre la Santa Sede y la República mexicana; institutos religiosos, movimientos y otras instituciones eclesiásticas que trabajan apostólicamente en México; etc. Los cuadros estadísticos son abundantes, la bibliografía final documentada y el amplio cuadro sincrónico de historia eclesiástica y civil mexicana oportuno.

De especial interés resulta el breve prólogo, porque expresa con mucha claridad la doble coordenada historiográfica del A.: «Se aducen los datos de la historia civil que ayudan a encuadrar la idea directriz, que debe ser siempre la cura de almas, como misión esencial de la Iglesia. Al mismo tiempo se dedica atención especial al crecimiento geográfico de la Iglesia Mexicana, a su invasión del espacio humano, lo cual lleva a procurar la estadística histórica, y concluir de esta manera con la finalidad del presente libro: mostrar sencillamente la penetración del espacio humano por las instituciones pastorales de la Iglesia en México». Y, segunda coordenada: «El estudio de la Historia de la Iglesia es muy necesario para comprender bien al mismo Jesucristo, ya que la Iglesia es su continuación en el tiempo. Muchos aspectos de su misión, muchas virtualidades de su obra y consecuencias de su doctrina, no se vienen a comprender sino en la vida de la Iglesia asistida por Él hasta la consumación de los siglos».

J. I. Saranyana

**Massimo INTROVIGNE**, *Indagine sul satanismo. Satanisti e anti-satanisti dal seicento ai nostri giorni*, Mondadori, Milano 1994, 430 pp.

No es fácil orientarse entre la multitud de grupos y grupúsculos alternativos a las